



## “El maestro, ayer y hoy”

*Inocente Peñaloza García*



Al escribir sus recuerdos de los años que pasó como estudiante del Instituto Literario de Toluca, don Daniel Cosío Villegas señala que “los buenos maestros, el orden y la disciplina eran tan estrictos que el Instituto tenía fama en toda la República”.

Fundador de El Colegio de México y del Fondo de Cultura Económica, Cosío Villegas conoció íntimamente el régimen escolar del antiguo Instituto, pues no sólo vivió en él como alumno, sino también como empleado y colaborador del Observatorio Meteorológico que funcionaba en el colegio desde el siglo pasado.

El testimonio personal de Cosío Villegas, una de las mentes más lúcidas de la intelectualidad mexicana, nos traslada a una época en la que el Instituto de Toluca era reconocido como una de las instituciones educativas más sólidas del país, pues sus egresados, como José Vasconcelos, Gustavo Baz, Andrés Molina Enríquez y otros muchos figuraban ya en diferentes planos de la vida nacional.

Fue la época en que un joven estudiante de Acambay, Maximiliano Ruiz Castañeda, futuro descubridor de la vacuna contra el tifo exantemático, realizaba estudios de bachillerato y el poeta Horacio Zúñiga, también institutense, ganaba sus primeros certámenes literarios.

En aquel Instituto, que en sus viejos corredores guardaba el eco de los pasos de Ignacio Ramírez y de Ignacio Manuel Altamirano; de Juan A. Mateos y de otros ilustres liberales mexicanos, la docencia era actividad fundamental y en ella se empeñaban los afanes de excelentes maestros. La fama del colegio descansaba sobre la incansable labor del maestro Agustín González Plata, ilustre pedagogo, y del poeta Juan B. Garza, conocido en el círculo de Manuel Acuña como el *Vate toluqueño*, y del maestro Silviano Enríquez y de don Servando Mier.

Inocente Peñaloza García. Cronista de la UAEM. Periodista desde 1955 y profesor de Literatura desde 1965. Ha publicado libros como *Toluca en la vida de Ramírez y Altamirano* y *La Revolución Mexicana, pensamiento y acción*.

No pasó mucho tiempo para que ingresara a las aulas institutenses el joven orador Adolfo López Mateos, quien ligado para siempre a la historia del viejo colegio —que fue hogar cultural de sus antepasados— se convertiría en su más entusiasta benefactor, sobre todo al ocupar la más alta dignidad política de la nación.

López Mateos, en su juventud, vivió la atmósfera académica del instituto, conoció su historia, admiró la esforzada labor de sus maestros, la severidad de sus normas y todo esto dejó una huella profunda en su espíritu, pues cuando hablaba ante universitarios, en instituciones nacionales y extranjeras, invariablemente recordaba al Instituto de Toluca como el colegio en que se formó y al cual debía las bases de su desarrollo personal.

Fue la generación de López Mateos la que inició la lucha por transformar al Instituto en Universidad y asegurar su desarrollo como una de las principales instituciones educativas del país.

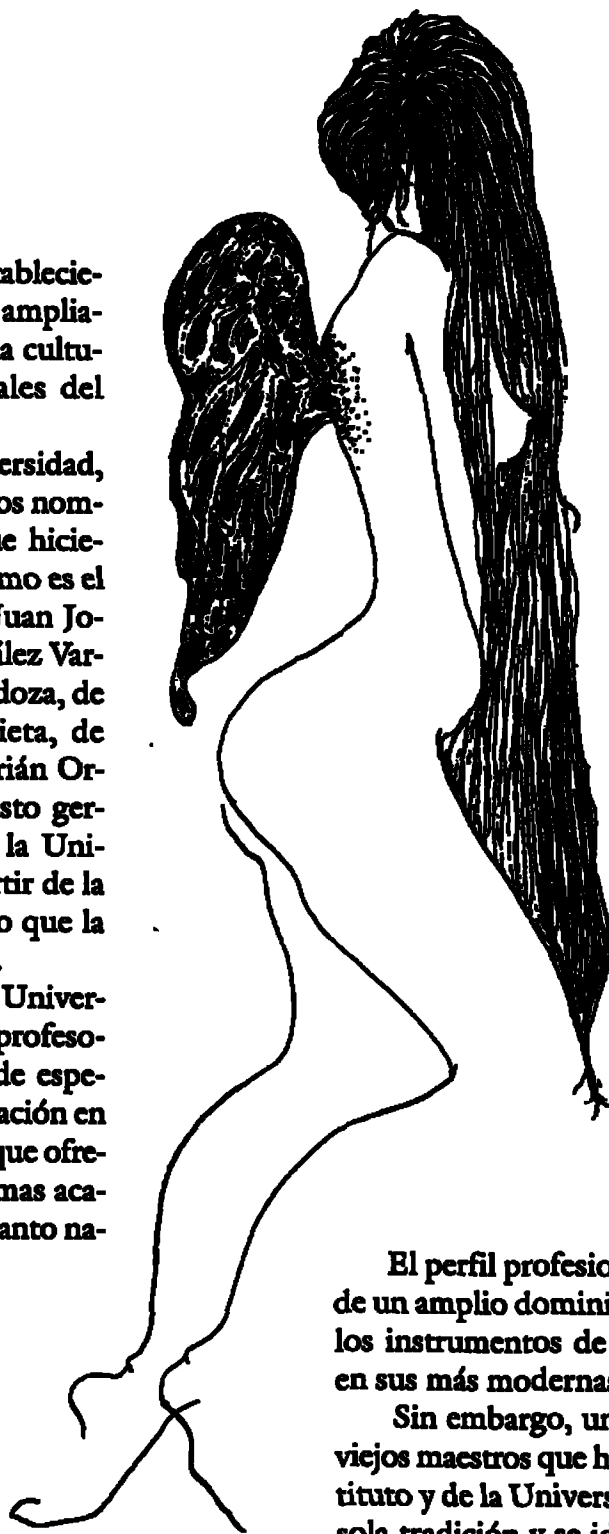
La fortaleza académica del Instituto, su tradición, el prestigio de sus egresados, pero, sobre todo, la vocación, el rigor científico y la calidad humanística de sus profesores hizo posible que, al transformarse en Universidad, proyectara su influencia con mayor intensidad hacia todos los rincones de nuestro estado.

Entre sus maestros, la Universidad reconoce a los que hicieron posible su brillante pasado, pero también a los que, en la segunda parte de este siglo, formaron y

engrandecieron sus facultades, establecieron sus centros de investigación y ampliaron espacios para la difusión de la cultura, como objetivos fundamentales del quehacer institucional.

En la joven historia de la Universidad, posterior a 1956, están inscritos los nombres de los grandes maestros que hicieron posible la transformación, como es el caso, a todas luces ejemplar, de Juan Josafat Pichardo, de Enrique González Vargas, de Rosa María Sánchez Mendoza, de Alfredo Holguín, de José Yurrieta, de Guillermo Molina Reyes, de Adrián Ortega y de tantos más que han visto germinar, desarrollarse y florecer a la Universidad de nuestro Estado, a partir de la tradición institutense y del apoyo que la sociedad le ha brindado siempre.

En la actualidad, existe en la Universidad una nueva generación de profesores que ha tenido oportunidad de especializarse y de enriquecer su formación en los diferentes niveles de estudios que ofrece la universidad y en los programas académicos de otras universidades, tanto nacionales como extranjeras.



El perfil profesional de estos docentes es el de un amplio dominio de las humanidades y de los instrumentos de la ciencia y la tecnología en sus más modernas manifestaciones.

Sin embargo, unidos en el tiempo con los viejos maestros que hicieron la grandeza del Instituto y de la Universidad, forman parte de una sola tradición y se identifican en la misma vocación, que es la búsqueda incansable y permanente de la verdad.

En los maestros de ayer, de hoy y de siempre, depositarios e intérpretes del conocimiento universal, descansa la tradición más importante de la Universidad, su misión más elevada, que consiste en educar en la excelencia, por la excelencia y para la excelencia. o